

Maurepas, el mas frívolo de todos los cortesanos, que no entendía absolutamente nada de su departamento especial que era el de la marina, y todavía mucho menos, si era posible, de la gran política. Esto en cuanto á los dos ministros; en cuanto al rey y á su manera de mirar su mision y gobierno personal, basta saber que hablando despues con el marqués de Argenson sobre este tratado, le dijo que lo habia firmado *contra su voluntad*.

El anciano duque y mariscal de Noailles bien le habia dado excelentes consejos cuando la muerte de Fleury le dejó abandonado á su propio talento. Así como Luis XIV habia dado instrucciones al duque de Anjou cuando este fué á España á ceñirse aquella corona, del mismo modo las habia dado el duque de Noailles á Luis XV, aunque igualmente en vano, diciendo: «Cuando V. M. se viere obligado á hacer la guerra, póngase personalmente á la cabeza de sus ejércitos. No abandone V. M. nunca los negocios por los placeres; oiga á todo el mundo, pero decida segun su buen criterio propio. No se deje V. M. gobernar; sea amo y dueño. No tenga ningun ministro principal ni ningun favorito. Consulte y escuche á su consejo de Estado, pero decida V. M. por sí; Dios que le ha hecho rey, le concederá tambien la inteligencia necesaria para llenar su mision, mientras V. M. se preste á ella de buena voluntad.» El mal era sin embargo que la persona dotada de suficiente talento para comprender semejantes consejos no los necesita, y la que los necesita no sabe aprovecharlos ni aplicarlos. El cardenal Fleury habia tenido al jóven rey en la mas completa ignorancia respecto del arte de gobernar. Adrede habia tenido apartado no solamente de esto sino de toda instruccion y ocupacion seria en general á Luis XV, cuyas dotes intelectuales, modestísimas ya de suyo, á lo mas habrian podido llegar á dar frutos medianos si se hubiesen cultivado con la mayor asiduidad y rigor posibles. Cuando Noailles enseñó al rey el ejemplo de su gran bisabuelo, lo hizo á una persona que nada habia aprendido, á un soberano que carecia de los conocimientos mas imprescindibles, cuya alma estaba entregada á una devocion supersticiosa, y cuyo cuerpo estaba estragado por todos los vicios que engendra la ociosidad; de modo que su gran resolucion varonil de ser su propio ministro no podia pasar de ser un fuego fatuo; y la imitacion del mas insignie ejemplo, con semejantes elementos mezquinos, no podia ser sino una ridícula y lamentable caricatura del original. Lo que prestó á este rey un aspecto pasajero de virilidad fué obra de una mujer, la ya citada duquesa de Chateauroux y de su confidente el mariscal de Noailles, y gracias á los esfuerzos de estos dos personajes es preciso confesar que durante algun tiempo adquirió la corte un aspecto enteramente nuevo y en sus relaciones con el extranjero hasta marcial.

En los meses de febrero y marzo de 1744 se hicieron cosas en Versalles que parecieron señales de la milagrosa resurreccion de algun titan. Hacia mas de un año que una escuadra inglesa compuesta de 30 navios de línea tenia bloqueada en el puerto de Tolon á otra franco-española que contaba 27 buques. Pues bien; de repente en 19 de febrero esta escuadra se hizo á la vela, y libró el 22 con gran arrojo y valor á la bloqueadora una batalla que, si no pudo por sus resultados calificarse de victoria, hizo cesar por lo pronto el bloqueo. Casi al mismo tiempo el almirante Roquefeuille reunió otra escuadra de 29 navios de línea en el Canal, con la cual se dirigió á Dunquerque, donde se le juntó una flota de trasportes con 50,000 hombres de desembarco destinados á invadir la Inglaterra. En Lóndres fué grande el temor, porque la armada disponible para oponerse al proyectado desembarco era muy inferior á la francesa; los medios de defensa y de resistencia terrestres se hallaban en un estado

lamentable, y nadie podia asegurar que esta vez viniesen al auxilio de la Inglaterra los elementos como vinieron cuando la llegada de la gran armada española. Pero de improviso en 5 de marzo se levantó una borrasca del Nordeste que dispersó la escuadra francesa obligándola á desembarcar apresuradamente los 9,000 soldados que ya tenia á bordo.

En 15 de marzo declaró Luis XV solemnemente la guerra á Inglaterra y en 26 de abril al Austria. El 3 de mayo partió para Flandes donde sin dificultad los mariscales Noailles y Mauricio de Sajonia tomaron las plazas fronterizas, que sin defenderse ó defendiéndose mal, se les entregaron. Courtrai se rindió el 18 de mayo, Menin el 5 de junio, Ypern el 25 del mismo mes y Furnes en 11 de julio. Estas victorias fáciles no dieron tanta alegría á los generales como la presencia del rey, que despues de apartarse de su serrallo de Choisy parecia resuelto á dedicarse á ocupaciones varoniles. Puede juzgarse de la satisfaccion que esto causó en el campamento por las siguientes líneas de una carta que el mariscal Mauricio de Sajonia escribió en 4 de junio: «El rey toma gusto al oficio de la guerra de una manera loca, y parece que nunca ha gozado de su poder como ahora. En efecto, es un espectáculo hermoso para un jóven monarca, vigorizado por el ejercicio de la caza, verse dueño de una nacion cabalresca y deseosa de merecer la consideracion del soberano, y lo que es mas bello todavía, de un soberano que quiere merecer la consideracion de su pueblo. El difunto cardenal habia hecho todo lo posible para alejar del jóven rey todo lo que pudiera despertar su ambicion, pero los enemigos de la Francia tuvieron la imprudencia de suplir esta falta.»

Esta alegría duro poco; á las pocas semanas se presentó en el campamento la duquesa de Chateauroux con su hermana, y los rústicos soldados suizos cantaban delante de la tienda real: *¡ Ah madame Euroux, je deviendrais fou, si je ne vous haïsse!* Tanto creció la indignacion en el ejército que el rey hubo de hacer el sacrificio de despedir á las señoras, pero la separacion duró poco, y se volvieron á ver en Dunquerque. Allí llegó al rey la noticia fatal de haber pasado el Rhin el príncipe Carlos de Lorena; noticia que le impulsó á dirigirse á toda prisa á Metz. La duquesa le siguió, y cuando tambien allí la poblacion y la tropa empezaron á murmurar de tan escandaloso concubinato, se apoderó de Luis XV una fiebre maligna que puso fin á su campaña de estreno.

En 5 de junio de 1744, dia en que hacia cabalmente tres años que Federico II habia firmado su primera alianza con la Francia, firmó en su nombre otra nueva su enviado plenipotenciario conde de Rothenburg que estaba con este objeto desde el mes de marzo en Versalles, negociando con mucha habilidad con el rey, la duquesa y los consejeros y confidentes de esta, los duques de Richelieu y de Noailles; de manera que á principios de mayo estaba ya todo convenido, y cuando Luis XV fué á ponerse á la cabeza de su ejército en Flandes ya sabia que el rey de Prusia le cubriría las espaldas en caso de que el ejército austriaco pasara el Rhin. Federico II tenia ya por su parte la seguridad de que cuando invadiese la Bohemia y el ejército austriaco del Rhin acudiese á su socorro, los franceses le perseguirian y entretendrian con toda su fuerza á fin de que no pudiesen ser socorridas las tropas austriacas de Bohemia. Estos fueron los pactos mas importantes y de aplicacion inmediata que Rothenburg firmó en la citada fecha en Paris.

El jefe de los cuerpos francos Trenck pasó súbitamente el Rhin el dia 30 de junio á la caída de la tarde cerca del pueblo de Schreck, y en la primera correría sus panduros tomaron por asalto el campamento bávaro. Al dia siguiente pasó el rio el general Nadasdy con sus húsares; el 2 pasó el príncipe Carlos con el grueso del ejército y el 3 quedó con-

cluida toda la operacion. Las plazas de Lauterburgo y Weisenburgo se rindieron al momento. El príncipe Carlos escribió entonces á su hermano el gran duque consorte de María Teresa: «Por fin, caro hermano mio, nos hallamos en Alsacia;» debiendo añadir en su interior: ¡Ojalá que ya estuviéramos en Lorena! A fin de cubrirse las espaldas determinó apoderarse del Fuerte Luis, y hácia allí se dirigia cuando Luis XV acudió desde Flandes y el mariscal Coigny desde Maguncia, donde se habia situado creyendo que el enemigo pasaria por allí el Rhin. Nadasdy tomó entre tanto la plaza de Zabern; y la vanguardia austriaca se habia abierto camino al través de los bávaros y franceses y estaba cerca de Estrasburgo, cuando llegó la noticia de que los prusianos habian invadido la Bohemia. Al momento reunió el príncipe un consejo de guerra en 20 de agosto, y en él se determinó la inmediata retirada del ejército al otro lado del Rhin. Sin esperar órdenes de Viena empezóse la operacion el 23 de agosto por la tarde cerca de Beinhelm y á la madrugada del dia siguiente no quedaba ya ningun soldado austriaco en la orilla izquierda. El paso se habia efectuado sin ser molestado por el enemigo.

Al recibir el rey de Prusia la noticia de la entrada de los austriacos en Alsacia habia escrito á Luis XV: «Recibo la noticia de que el príncipe Carlos ha penetrado en Alsacia. Esto me basta para decidirme: el 13 de agosto me hallaré en marcha á la cabeza de mi ejército, y á últimos del mismo mes estaré delante de Praga. Falto á muchas consideraciones y quizás emprenda un camino peligroso; pero quiero dar á V. M. pruebas del afecto y amistad que le profeso. En la situacion en que me hallo debo hablar con V. M. con la mayor franqueza, porque nuestros intereses están ligados mas estrecha y sólidamente que nunca. Indudablemente comprenderá V. M. que todo nuestro sistema está basado sobre tres grandes golpes simultáneos: el primero es la invasion de Bohemia y Moravia; el segundo la marcha de las fuerzas austriacas perseguidas por las francesas á lo largo del Danubio hasta la Baviera; y el tercero, que considero el principal, es la expedicion de una division al Hanover. Cuento firmemente con los dos últimos golpes, y á no ser así, le digo desde luego que todo nuestro negocio está perdido.» Despues pasa á proponer á Luis XV que dé el mando en jefe del ejército francés en Baviera al mariscal Belleisle, y el del ejército de Westfalia al mariscal de Sajonia. Atribuye los descalabros de los franceses en Baviera á la estrategia completamente equivocada de los generales encargados de aquellas operaciones que se habian limitado á la defensiva, y sigue diciendo: «La ofensiva es siempre preferible, aunque el enemigo sea numéricamente mas fuerte, porque á veces se atemoriza por el arroyo del ataque y cede. Así hicieron el gran Condé, Turenna, Luxemburgo y Catinat, que en la mayor parte de los casos fueron los que atacaron, con lo cual cubrieron las armas francesas de gloria y adquirieron para sí fama imperecedera. V. M. ha mostrado lo que vale un soberano prudente y sagaz á la cabeza de su ejército, y de V. M. depende hacer renacer aquellos tiempos gloriosos. Mande á sus generales atacar al enemigo donde lo encuentren y el enemigo será derrotado.» En igual sentido escribió Federico al mariscal Noailles para hacerle comprender que todo dependia de la energía y de la actividad, diciéndole: «En nuestras operaciones todo ha de ser nervio; ni un instante debe pasar sin ser aprovechado.» Estas dos cartas llevan la fecha del 12 de julio y fueron escritas en Potsdam.

El 24 de julio firmó el enviado prusiano Klinggraeffen un convenio secreto en Francfort con el emperador de Alemania, príncipe elector de Baviera, representado por su ministro conde de Toerring, en el cual se obligaba la Prusia á conquistar para el emperador toda la Bohemia, y procurarle

además la posesion del Austria alta, mientras el emperador se obligaba á ceder al rey de Prusia además de la Silesia austriaca, una parte considerable de Bohemia, á saber, los distritos de Koenigsgraetz, de Bunzlau y parte del de Leitmeritz, la ciudad y territorio de Kollin y de Pardubitz. En 22 de mayo del mismo año de 1744 habiase firmado ya un convenio análogo entre la Prusia, el emperador, el príncipe elector del Palatinado, y el rey de Suecia como landgrave de Hesse, tambien en Francfort; pero este tratado no tuvo consecuencias dignas de mencion.

Sobre el convenio del 12 de junio, escribió el emperador Carlos VII en su diario: «Mucho he luchado conmigo mismo antes de firmar este convenio; pero me ha obligado á hacerlo la dureza de la corte de Viena que está empeñada en aniquilar á la familia electoral de Baviera; y para salvarla no quedaba otro medio que aliarle estrechamente y para siempre con el rey de Prusia que puede considerarse como el enemigo mas poderoso y mas irreconciliable de la casa de Lorena. Lo que mas me costó en este convenio fué que tuve que abandonarle toda la parte de Bohemia situada al otro lado del Elba, pero lo he hecho con garantías precisas, para asegurar los intereses de nuestra religion católica que nada tendrá que temer en el nuevo estado de cosas.»

El modo que Federico II tuvo de justificar á los ojos del mundo su invasion de Bohemia contrastaba radicalmente con las condiciones del pacto de Francfort y con los motivos que habia explicado á su ministro Podewils. La instruccion que envió en 28 de julio á su ministro plenipotenciario en Viena, conde de Dohna, ordenó á este que anunciara á los ministros austriacos que habia determinado enviar fuerzas auxiliares al emperador, porque no podia mirar por mas tiempo con indiferencia «que despues de haber despojado al jefe del imperio de todos sus Estados hereditarios hasta el último villorrio, se expulsara tambien á sus tropas fuera del territorio del imperio, no pareciendo sino que se trataba de exterminarle completamente.» En el manifiesto de guerra se explica aun mas diciendo: «El rey no tiene absolutamente ninguna queja personal con la reina de Hungría. Nada le pide, nada quiere para sí, y solo toma parte en la lucha para defender los fueros del imperio alemán. La guerra que la reina ha declarado á la Alemania con las hostilidades que sus tropas han cometido, seria ya motivo bastante para justificar, á falta de otros, la conducta de S. M.; y si el rey se ve forzado ahora á emplear la fuerza material, lo hace con gran sentimiento suyo y despues de haber apurado sin resultado todos los medios pacíficos para obtener una composicion. En una palabra, el rey nada pide para sí, ni entran en juego para nada sus intereses personales; solo echa mano á las armas para devolver al imperio sus fueros, al emperador su dignidad y á la Europa la paz.»

Este lenguaje suponía disposiciones en las cortes de Viena y Dresde-Varsovia, que estaban muy léjos de existir allí segun era ya sabido; pero el objeto era obtener en nombre del emperador y del imperio el libre paso por el territorio sajón para el ejército prusiano, conforme efectivamente se logró, no porque el soberano de Sajonia y Polonia hubiese estado dispuesto á ceder á este llamamiento á sus sentimientos patrióticos en favor del imperio germánico, sino porque se hallaba á la sazón en Varsovia, y su gobierno en Dresde no tuvo mas remedio que dejar hacer lo que no estaba en estado de impedir. En efecto, antes de que pudiera tener una respuesta de su soberano, habia atravesado ya Federico el territorio y se hallaba con las tres cuartas partes de sus fuerzas en Bohemia, mientras el general conde de Schwerin conducia el resto directamente desde Silesia sobre Praga, donde el 2 y el 3 de setiembre se reunieron en el

llamado Monte Blanco las cuatro columnas prusianas componiendo un total de 80,000 hombres. Llegó luego también la artillería de sitio, y el 10 del mismo mes se abrieron las trincheras; el 12 tomó Schwerin las fortificaciones del Monte Ziska desde donde pudo abrir un fuego tan eficaz sobre la ciudad, que el comandante conde de Harsch hubo de entregarse con la plaza y toda la guarnición. Antes de concluir el mes habían ocupado los prusianos también las plazas de Tabor y Budweis; y con esto quedaron dueños de toda la Bohemia. La cuestión era si la conservarían, y esto dependía de lo que hicieran los franceses, de que entretuvieran al príncipe Carlos ó le dejaran seguir la marcha con su ejército para libertar la Bohemia.

Respecto de este punto ya había avisado el ministro Podewils á su soberano á principios de julio que todo su plan impetuoso de campaña descansaba sobre dos bases muy poco seguras, á saber: la honradez y energía del gobierno francés, y la amistad y neutralidad del czar de Rusia; y que si una sola de estas dos bases fallaba, le podía costar su empresa mucho mas cara que la de Silesia. La Francia según decía Podewils no arriesgaba nada y solo podía ganar en esta empresa; procedería según su conveniencia cuando viese bien comprometida á la Prusia, tomando para sí lo que pudiera de la Flandes y quedándose junto al Rhin á la defensiva para ver venir los acontecimientos que resultasen de la campaña de Bohemia, donde Federico se encontraría solo en frente de todas las fuerzas austriacas; y finalmente no se prestaría ya nadie á hacer con él separadamente una paz que le sacara del compromiso, atendido que había faltado á la primera y dado la razón á aquellos que decían que con la Prusia no valían tratados.

La predicción del ministro se cumplió al pié de la letra. El príncipe Carlos efectuó su retirada y pasó el Rhin casi á la vista del duque de Noailles y de su ejército, mas numeroso que el austriaco; los franceses no hicieron tampoco ninguna diversion hácia el Danubio ni en dirección del Hanover; ningun obstáculo opusieron al príncipe Carlos, el cual pudo atravesar sin ser molestado toda la Baviera y dirigirse con su ejército á Bohemia, adonde llegó el 24 de setiembre situándose cerca de la población fronteriza de Waldmünchen. El 2 de octubre incorporó al ejército del príncipe el cuerpo del conde de Batthyany en Mirotitz, y el 21 y 22 de octubre se le unieron cerca de Wosieczan 20,000 sajones mandados por el duque de Weissenfels, resultando un total de 70,000 hombres á los cuales solo podía oponer Federico II 60,000; mas no era Federico hombre de contar las fuerzas enemigas, y así salió en 24 de octubre de su campamento de Konopischt para librar batalla al príncipe Carlos, contando á pesar de su inferioridad numérica con sus granaderos invencibles. A la caída de la tarde llegó cerca de Marschowitz, donde le aguardaba el ejército austriaco en una posición que reconoció Federico á la mañana siguiente por inexpugnable. Véase cómo él mismo se explica en sus obras: «Los austriacos ocupaban una montaña semicircular cuyo extremo izquierdo caía en frente de nuestra derecha, mientras el otro extremo con la derecha del enemigo se hallaba á grande distancia de nosotros. Al pié de la montaña extendíase un terreno pantanoso, atravesado por un arroyo fangoso; delante del ala izquierda del enemigo veíanse varias lagunas grandes que protegían todo el flanco y se prolongaban hasta detrás de las fuerzas austriacas. Empezamos nosotros hácia medio día á ocupar una altura en frente del centro del enemigo, pero el terreno firme á nuestra derecha era tan escaso que á duras penas habrían podido formarse seis batallones en órden de batalla, y aunque hubiera sido posible formarlos no había medio de dar un paso adelante por los precipicios y

barrancos que mediaban entre los dos ejércitos. Nuestro centro estaba condenado á una inmovilidad si cabe peor, porque una colina y dos depresiones considerables lo separaban del enemigo. Después de haber visto y examinado todo esto, habría sido una temeridad imperdonable empeñar una acción en semejantes circunstancias.» El rey en su consecuencia se retiró con su ejército al campamento que había abandonado el día anterior, observado por el enemigo que no se movió. El conde de Trann tuvo poco trabajo en vista de esto en convencer al príncipe Carlos de que siguiendo la misma táctica en adelante, podría obligar al rey de Prusia á abandonar la Bohemia, sin necesidad de arriesgar una batalla.

Budweis, Tabor y Frauenberg con los 3,000 hombres que guarnecían estas plazas habían sido recuperadas por los austriacos á pesar de la heroica defensa de los prusianos, cuando la falta de subsistencias obligó á Federico á trasladar su campamento á Bohdanetz en la orilla derecha del Elba; y finalmente viendo que no podía impedir el paso del río á los austriacos, en 19 de noviembre dió por perdida toda la campaña y se resolvió definitivamente á evacuar la Bohemia. A fines de noviembre empezó la retirada, que se efectuó con un órden admirable en tres columnas, por Braunau, Trautenuau y Glatz á Silesia. En dos meses habían recobrado los austriacos la Bohemia, sin una sola batalla, y por primera vez había perdido el juego tanto en el concepto político como en el militar su adversario mas temible.

Los militares franceses no habían cumplido con ninguna de las obligaciones estipuladas en 5 de junio, á despecho de todas las cartas de Federico II y de todas las instancias y apremios de su embajador el feldmariscal conde de Schmettau. La enfermedad del rey no podía disculpar al duque de Noailles de la falta de haber dejado escapar al ejército austriaco sin la menor molestia, porque el mismo rey después de restablecido, dió al conde de Argenson, su ministro de la guerra: «Escriba V. al mariscal de Noailles en mi nombre que mientras se enterra á Luis XIII ganó el príncipe de Condé una batalla», aludiendo á la de Rocroy en 19 de mayo de 1643.

De nada sirvió después la campaña que emprendió este mismo general en el Breisgau austriaco, que condujo á la toma de la plaza frente de Friburgo en 6 de noviembre, porque esto influyó tan poco en la marcha general de la guerra, como la victoria sangrientísima que sobre el rey de Cerdeña alcanzaron los españoles en combinación con los franceses, mandados aquellos por el infante Felipe, y estos por el príncipe de Conti, en 30 de setiembre cerca de Coni. La única consecuencia de esta batalla fué la retirada del ejército austriaco á las órdenes del príncipe de Lobkowitz, el cual después de haber permanecido cinco meses en su campamento de Nemi, desde donde en todo aquel tiempo solo una vez se había atrevido á hacer una salida para dar una sorpresa al ejército español-napolitano cerca de Velletri en la noche del 10 de agosto, contestó á las instancias del rey de Cerdeña, que reclamaba su pronto auxilio, con retirarse al fuerte triángulo de Pesaro, Fano y Urbino para pasar allí el invierno. No fué, pues, el auxilio de las armas austriacas el que salvó la plaza sarda de Coni, que se veía ya apuradísima, sino la bizarría de su comandante el baron de Leutrum, que obligó á los españoles y franceses á desistir del sitio en 22 de octubre de 1744. Los franceses se retiraron á Saboya, Niza, la Provenza y el Delfinado, donde tomaron cuarteles de invierno.

Mas fatales y mas trascendentales que todos estos sucesos resultaron para los aliados del 5 de junio dos muertes: la de la duquesa de Chateauroux que ocurrió en 8 de diciembre

de 1744, y la del emperador de Alemania y elector despojado de Baviera, Carlos VII, acaecida en 20 de enero de 1745. La duquesa había sido la defensora de la causa de Prusia en la corte francesa; y con el emperador Carlos se enterraron todos los planes de la política alemana del rey Federico II de Prusia.

V.—FONTENAI Y HOHENFRIEDBERG.

En 1743 había alcanzado el rey Jorge II un poder personal en frente del parlamento y de su comisión gubernativa ó sea el ministerio, que ningún inglés, cualquiera que hubiese sido su opinión política, hubiera creído posible cuando se hizo la ley de sucesión. Desde el 21 de abril, día en que suspendió las sesiones del parlamento para poder visitar su electorado de Hanover, hasta su vuelta á Inglaterra en 15 de noviembre, había dirigido toda la política extranjera de Inglaterra sin consultar á nadie; había hecho la guerra y celebrado tratados que imponían al país compromisos y obligaciones gravísimas sin que el parlamento ni los ministros lo llegasen á saber hasta que lo leyeron en los periódicos. El único ministro que acompañaba al rey, y que servía todos sus caprichos con un fanatismo y un menosprecio brutal de todas las formas y tradiciones cancellerescas, tales como en Inglaterra jamás se habían visto, era lord Carteret, el secretario de Estado encargado del departamento de negocios extranjeros del Norte. Walpole, á la sazón lord Oxford, observaba con curiosidad y terror las sendas vertiginosas en que entraba y que seguía ciego aquel «aventurero orgulloso.» En una carta que escribió á Pelham y que lleva la fecha del 20 de octubre dijo: «Atropellar por todo y ceder al rey en todas sus malhadadas debilidades solo para hacerse bien querido de él, sin ver que se enreda en un laberinto de esperanzas que jamás pueden realizarse, solo puede ser obra de un ciego.»

Los ministros estaban indignados de la ninguna consideración con que les trataba su colega, como si ni siquiera existiesen en el mundo; como si no existiese el parlamento ante el cual eran del mismo modo que él responsables de lo que hacía sin consultarlos, y como si la nación inglesa no tuviese el derecho de pedir cuentas á un gobierno que disponía á su antojo y capricho de su dinero, de su sangre y de su honra. Todos los actos de lord Carteret y del rey estaban envueltos en impenetrable misterio. Por lo regular no escribía el ministro nada á sus compañeros, y cuando lo hacía les comunicaba lacónicamente cosas que ya eran de todos sabidas. Sin haberles consultado ni dicho una palabra, les mandó el tratado de Worms del 13 de setiembre y la convención del 14 de octubre con sus obligaciones inauditas, para que suscribiesen simplemente estos documentos como quien está obligado á ello. Este procedimiento pareció al duque de Newcastle altamente extraño, injusto é imperdonable, y así lo manifestó añadiendo que de semejante hombre no debía haberse esperado otra cosa. El lord canceller declaró á Carteret que jamás pondría el sello de Inglaterra en un documento que obligaba el país á pagar 300,000 libras esterlinas anuales á título de subsidios á María Teresa mientras esta soberana *los necesitara*, cosa que el ministerio encontró demasiado fuerte. Carteret contestó que si el lord no ponía el sello, lo haría el rey. Después de muchas sesiones tempestuosas, redujo el ministerio la citada subvención al tiempo que durase la guerra.

Tampoco supieron los ministros, á excepcion de Carteret, nada de las promesas que el representante del rey de Inglaterra había hecho á la reina de Hungría y de Bohemia cuando los preliminares de la paz de Breslau.

Para condenar la conducta despótica de Carteret no era necesario conocer estos actos secretos; bastaba para derrotarle ante la opinión pública, lo que sabía todo el mundo. De este trabajo se encargó Guillermo Pitt, y lo hizo en un discurso que pronunció en el mes de diciembre del mismo año, y del cual ya hemos tenido varias veces ocasion de citar algunos pasajes. La justa indignación que causó esta política tan incalificable por su espíritu como por la manera de ser practicada, provocó también en el seno mismo del ministerio una desavenencia que condujo irremisiblemente á la caída de lord Carteret, á despecho de todos los esfuerzos que hizo el rey para no desprenderse de este ministro.

Mientras el rey y Carteret seguían todavía en el teatro de la guerra en el continente, había ocurrido en el gabinete inglés una modificación importante. A consecuencia del fallecimiento de lord Wilmington, primer lord de la tesorería, ó sea ministro de hacienda, y según la costumbre que prevalecía desde Walpole, presidente del ministerio y cabeza principal de toda la administración, había entrado en tan importante puesto Enrique Pelham en 16 de agosto de 1743, á pesar de todos los esfuerzos que hizo Pulteney, agraciado con el título de lord Bath, para lograr este empleo para sí. El hermano de este Pelham, que había nacido en 1696, era Tomás Pelham, duque de Newcastle, y secretario de Estado ó sea ministro de negocios extranjeros meridionales, nacido en 1693. Ambos hermanos, con el apoyo enérgico del lord canceller Felipe Yorke, ascendido á lord Hardwicke y hombre de grandísimo talento, trabajaron asiduamente para hacer entrar la situación confusa del continente en un derrotero mas despejado, y para eliminar al ministro Carteret que, aun cuando por pura excepcion y contra su costumbre no estaba ébrio, hacía la misma política que si lo estuviese.

El lord canceller, cediendo á los deseos del duque de Newcastle, abrió el fuego contra el ministro favorito del rey por medio de una exposición detallada del modo como dirigía lord Carteret los negocios extranjeros. Esta exposición, principiada en setiembre de 1744 y concluida al mes siguiente, fué presentada al rey el primero de noviembre por el duque de Newcastle, con la declaración de que aquel documento era la expresión de la opinión del lord canceller, de él, de su hermano y de algunos otros miembros del gabinete. Dos horas después devolvió el rey el escrito al ministro sin decir palabra, pero manifestó su opinión en una adición que puso al borrador del discurso del trono que había redactado el lord canceller para la apertura del parlamento próximo y que había sometido también á la aprobación del rey. Esta adición consistió en decir que el rey no consentiría en firmar ningún convenio de paz «que no dejara satisfechos á todos sus aliados.» Estas palabras encerraban la idea principal del rey y de su ministro Carteret; por cuya razón no las admitieron los hermanos Pelham y sus partidarios en el ministerio; pero solo lograron la modificación de que el rey declarase que no abandonaría á sus aliados.

En vista de esto Carteret, que entre tanto por muerte de su madre había heredado el título y nombre de conde de Granville, propuso al rey la formación de un nuevo ministerio compuesto de miembros de la oposición, con el objeto de deshacerse de sus colegas contrarios á sus manejos; pero llegó tarde, porque los hermanos Pelham, dueños en el tráfico de empleos y en la conquista de votos, le habían ganado por la mano, con grandísima satisfacción de Walpole, su maestro en el arte de hacer ilusorio el parlamentarismo por medio de una regular subvención dada á los parlamentaristas. Los jefes de la oposición hicieron que sus amigos se abstuviesen de discursos sobre principios y reformas, discursos ya extemporáneos desde el momento en que se había